

Del amor a sí mismo al amor al otro

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de Filosofía y miembro del Instituto E. Mounier.

Cualquier clase de autoanálisis que las mujeres y los hombres llevamos a cabo siempre parece terminar en un descubrimiento aparentemente reprobable, el *amor a uno mismo*, identificado por el sujeto como egoísmo y, en consecuencia, como algo inmoral. La visión que al final de ese proceso psicológico nos queda es la de un ser convertido en centro del universo y fuera de cuyas coordenadas nada parece cobrar importancia.

Por si esto no fuera suficiente, una estimación de semejante actitud nos conduce a una valoración negativa de dicha percepción ya que al compararnos a nosotros mismos con los demás observamos que el platillo de la balanza no sólo se decanta a nuestro favor, sino que parece dejar a la vez menoscabados a los otros.

Emergen, entonces, en nuestra conciencia sentimientos encontrados. Por un lado, un determinado resquemor acaba generándonos un complejo de culpabilidad al introyectarnos el convencimiento de la perversa primacía de ese amor de cada uno hacia sí mismo y, por el otro, el hecho de que ciertos mecanismos de defensa den lugar tanto al rechazo sentido de esta *filantía* cuanto a la vez a proclamar el amor al otro como el supremo y más noble ejercicio de humanidad que nos cabe. Se mutan así los papeles: frente al amor a nosotros mismos, el amor al prójimo como objetivo supremo.

Esta heterodependencia de nuestra conciencia respecto a los valores morales ha conducido al sujeto a un abandono de sí, a quedar a expensas de una foraneidad que le hace mirar como sospechoso y negativo cuanto tiene que ver con cualquier clase de satisfacción personal, por noble que ésta sea. Se trata de un principio que han seguido casi al pie de la letra las grandes líneas éticas en Occidente sobre la base metafísica de ese convencimiento psicológico y que, en el fondo, introyectan el desprecio al *individuo* en tanto que tal individuo –realidad siempre concreta y viva– en favor de *un otro* –realidad abstracta y nominal–, pese a que se lo llame prójimo o hermano.

El hombre y la mujer privados de libertad ejemplifican modélicamente lo dicho, pues más que tratarse de seres humanos con rostro y nombre propios son casos particulares de tipos: el criminal, el ladrón, el drogadicto, el violador, el terrorista, etc. y, en consecuencia, la justificación de la cárcel como violencia institucionalizada, impidiéndose desde tal praxis una doble necesaria reflexión, la del por qué alguien ha asumido tales comportamientos y la del qué hacer para que, acaecido eso, se recuperen cada uno de esos seres en lo que tienen de humano.

No vamos a entrar en las sanciones de carácter ideológico que han avalado esos hechos no sólo desde el punto de vista social y político,

sino –lo que es más grave– religioso. Pero sí conviene subrayar que Gobiernos, Clases y Religiones han estado muy interesadas en bloquear la conciencia individual, adivinando que es de ella de donde podría llegarles un real peligro. Nada tiene por eso de particular el que la mujer y el hombre queden a expensas del Gobernante o de la Clase de turno o de un Dios arbitrario, por una parte, y, por la otra, embridados en sus tendencias por los demás que de ese modo se les objetan como frenos morales.

En realidad se trata con ello de impedir la realización del ser humano, es decir, que nos empeñemos cada uno en llegar a ser el que debemos. Y, al efecto, nada mejor que instituir una ética de la negación, es decir, una filosofía moral que en vez de comenzar normatizando el nosotros mismos, lo que nos instaría a complimentar nuestro destino personal, troncha sin embargo esa posibilidad al impedir que nos encaremos con nosotros mismos y desde tal autoconciencia abrimos a los otros.

Se devalúa así toda forma de satisfacción personal, siendo la misma vista con extremo recelo. De ahí el que términos como «placer», «gozo», «sensualismo», «satisfacción», «vitalidad jovial», etc., introyecten con sólo oírlos un aire de voluptuosidad que convierten en sospechosa a nuestra conciencia de alguna complicidad malsana, como si tuviéramos que arreperitarnos de

haber cedido a algo turbio o pecaminoso. En consecuencia, todo movimiento encaminado hacia el amor a uno mismo es visto como un hedonismo intolerable que recrea al yo en satisfacciones que trasvasan siempre los límites de lo permitido sin caer en la cuenta de que tal juicio de valor, sancionado por una legalidad ágrafa o escrita, acaba vaciando al sujeto, esto es, rebajando al individuo al orden de una foraneidad en donde le resultará imposible realizarse, convertirse en el hombre y en la mujer que han de ser.

Ciertamente nacemos a una moral concreta a la que hemos de adaptarnos. Se trata de un indefectible punto de partida que nadie puede impedir ya que el proceso de socialización es nuestra única garantía de sobrevivencia física y cultural. Más a partir de un momento esa especie de biografía prestada comienza –debería de comenzar– a ser voluntariamente nuestra. Se inicia en nosotros así una maduración consistente en una *racionalización*

de las principales vertientes que nos constituyen y, muy en particular, de análisis y justificación de valores, normas y principios morales. Es a lo que llamamos reflexión ética y que, en tanto que filosofía moral, habrá de contar con la realidad de un yo desde el cual se hace hermeneútica. Por eso, su ausencia nos reduce a una inmadurez en la que el pensamiento, al no sobrepasar el orden de lo inmediato o pragmático, no alcanza nunca ese reducto del nosotros mismos, vale decir, la exigencia de quehacernos y que, a la manera de imperativo, se nos impone coercitivamente desde la libertad exhortándonos a ser el que debemos.

No hay pues amor al otro si previamente no se da la *filantía* o *querer de cada quien a sí mismo*, una suerte de amor propio este que, además de natural, es exigitivo de experiencia, condición necesaria para toda clase de sentimientos pues que en ella consisten. El amor es, desde luego, transitivo. Sale del amante para dirigirse al amado.

Mas para que ese amor enraíce ha debido reducirse el individuo simultáneamente a sujeto y objeto, es decir, fusionarse amante y amado en una misma vivencia. Sólo entonces se vuelve el amor benevolente, permitiendo que el yo experimente una dicha placentera capaz de extenderse sentidamente por sobreabundancia luego a los demás, los cuales, ahora sí, son asumidos no desde presupuestos de racionalidad o normativos, sino *sim-páticos*, esto es, en *identificación vital*.

Este amor propio, pues, todo lo remite al yo haciéndole experimentar el gozo de un contentamiento esencialmente hedonista en donde lo biológico y lo cultural que nos constituyen actúan a modo de potentes imanes que todo lo centralizan en su torno. Son precisamente tales vivencias las que determinan aquellos comportamientos que convierten la aventura del existir en un estado venturoso, cuya alegría, transmutada en difusividad amorosa, alcanza ahora sí el corazón del otro.